



NÚMERO 76

AÑO III

PERIÓDICO QUINCENAL INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS, ILUSTRADO CON PROFUSIÓN DE GRABADOS EN NEGRO Y FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, patrones trazados en tamaño natural, modelos de labores de aguja, crochet, tapicerías, etc.

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

Los que deseen suscribirse únicamente al periódico EL SALÓN DE LA MODA, por anualidades, semestres ó trimestres, con pago anticipado, deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, 60 reales.—Seis meses, 32 reales.—Tres meses, 18 reales.—EN PORTUGAL, un año, 3000 reis.—Seis meses, 1600 reis.—Tres meses, 900 reis.—Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

SUMARIO

TEXTO.—Explicación de los suplementos.—Descripción de los grabados.—Revista de París.—Ecos de Madrid.—Historia de una huérfana (*continuación*).—Pensamientos.—Recetas útiles.—Pasatiempos.

GRABADOS.—1. Traje de recepción.—2 y 3. Traje Luis XV para niña de 8 años.—4 y 5. Gorro de ganchito.—6. Bordado en felpa.—7. Tapete de piano.—8. Pandereta.—9. Sombrero redondo.—10. Sombrero de terciopelo.—11. Traje de señorita.—12. Sombrero de felpa.—13. Sombrero de fieltro.—14 y 15. Trajes del figurín iluminado vistos por detrás.—16. Salida de baile.—17. Vestido de baile.—18 y 19. Trajes de niños.—20. Traje de baile.—21. Traje de reunión ó de comida.—A 22. Traje Balbina.—B 23. Abrigo Fru-Fru.—C 24. Traje Lili para niña.

HOJA DE PATRONES número 76.—Traje Balbina.—Abrigo Fru-Fru.—Traje Lili.

FIGURÍN ILUMINADO.—Trajes de calle y de casa.

EXPLICACIÓN

DE LOS SUPLEMENTOS

1.—HOJA DE PATRONES número 76.—Primer lado: Traje Balbina (*grabado A 22 en el texto*).—Segundo lado: Abrigo Fru-Fru (*grabado B 23 en el texto*); Traje Lili para niña (*grabado C 24 en el texto*).—Véanse las explicaciones en la misma hoja.

2.—FIGURÍN ILUMINADO.—Trajes de calle y de casa.

Primer traje.—Falda de faille de doradillo ó de terciopelo liso. Túnica elegantemente drapeada de lanilla listada de dos tonos. Corpiño adecuado á la túnica, con solapas de terciopelo doradillo puestas en punta y adornadas con botones de oro.

Camiseta de crespón liso de color de oro viejo, que asoma formando pliegues de fuelle en los costados. Botones de oro en los puños.

Segundo traje.—Falda redonda de terciopelo liso color verde musgo, guarnecida en el borde con un ancho bordado encarnado, amarillo y azul sobre fondo verde. Polonesa de faille

verde musgo drapeada al lado izquierdo, y cerrada en la cadera con una aplicación de pasamanería encarnada, amarilla y azul; el corpiño, cerrado á un lado, lleva una solapa de terciopelo verde musgo. Jockeys ú hombreras bordadas de encarnado, amarillo y azul. Sombrero calañés de terciopelo verde musgo, adornado de un musgo más claro.

Los grabados números 14 y 15 intercalados en el texto, representan estos trajes vistos por detrás.

DESCRIPCIÓN

DE LOS GRABADOS

1.—TRAJE DE CASA Ó DE RECEPCIÓN.—Falda lisa de terciopelo de color verde musgo, adornada con una quilla de encaje. Túnica plegada á modo de abanico, brochada de color camaleón gris y color de rosa pálido. El puf se recoge formando conchas. Corpiño de punta, abierto sobre un peto de encaje y guarnecido de tirantes de terciopelo de color verde musgo. Bocamangas adecuadas.

2 y 3.—TRAJE LUIS XV, PARA NIÑA DE 8 AÑOS (*delantero y espalda*).—Plastrón ruso fruncido en la cintura, de faille de color crema azulada. Casaca Luis XV de felpa color de fuego, abierta por delante y guarnecida de vueltas de bordados. Puños de suah color crema, así como el lazo del hombro. Un lazo de faille color crema, atado con gracia, cae sobre los pliegues de la casaca. Gorra de paje, de felpa color de fuego, adornada con un penacho de plumas de color crema. Medias de seda de color de fuego.

4 y 5.—GORRA DE GANCHITO, PUNTO TUNECINO. Esta gorra se hace á piezas que tienen la figura de lengüetas, á punto tunecino, las que se unen en seguida con ganchito hecho del derecho para poder formar un cordón grueso entre cada pieza. El borde se hace de ganchito rizado á punto de astracán. Se mengua en todas las vueltas para ob-



1.—Traje de recepción

2 y 3.—Traje Luis XV para niña de 8 años

tener el tamaño de la cabeza. Para ejecutar dichas piezas ó lengüetas (grabado n.º 5) se hace una cadeneta de veinte puntos con lana ordinaria y con un ganchito de un grueso regular: se mengua un punto al empezar y otro al concluir cada vuelta, hasta que no quedan más que dos puntos, y en seguida se hace con lana de color una vuelta de medias barritas al rededor de la pieza ó lengüeta.

6.—BORDADO EN FELPA Ó PAÑO, que puede servir para pie de jarrón, de candelabro, tapetito, etc.—El bordado se hace en felpa color de granate á punto de festón con seda argelina de colores pálidos, como hoja seca, verde claro, de dos tonos; las margaritas son de color de rosa pálido de tres tonos. Las borlitas son de colores adecuados á las margaritas, pero de lana mezclada con seda. El punto de espina que está bordado sobre las borlas se hace de color de oro viejo.

7.—TAPETE PARA PIANO.—Nuestro modelo se compone de tiras de felpa alternadas con tiras de estambre grueso ó cañamazo de color, bordadas al pasado con felpillas. Se hacen las tiras necesarias para obtener el tamaño que tenga el mueble. Este mismo dibujo se emplea para cubrir sofás, tapetes de consolas, etc.

8.—CAJA PARA PAÑUELOS Ó DULCES EN FORMA DE PANDERETA.—La tapadera de esta linda caja, es una bonita pandereta, adornada con una vistosa pintura. El mérito artístico de esta pandereta la convierte en un regalo elegante, para bautizos, año nuevo, etc. También se la puede colocar como adorno sobre el mueble de algún saloncito.

9.—SOMBRERO REDONDO, para señorita, de felpa rayada, de color gris; el ala está levantada á modo de calañés. La copa, bastante alta, está adornada al lado derecho de conchas de encaje, en el centro de las cuales va colocado un lazo de cinta rayada de fieltro y raso.

10.—SOMBRERO DE TERCIOPELO DE COLOR DE LAGARTO, para señorita, adornado con un grupo de conchas de cinta del mis-



4.—Gorro de ganchito



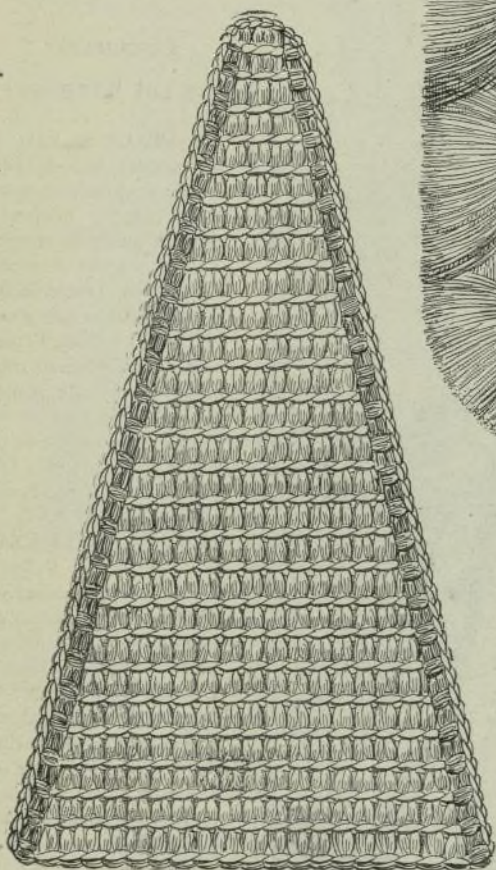
6.—Bordado en felpa

mo color, aunque más claro, colocadas formando penacho. Las alas están forradas de un bullonado de la misma cinta.

11.—TRAJE PARA SEÑORA JOVEN, de color beige y azul pavo real con rayas de moaré color beige. El delantero es de felpa azul plegado á lo largo. Levita de felpa azul abierta sobre un delantero de faille

la tela de cuentas. Rosas de color de zarzadora en la cabeza.

A 22.—TRAJE BALBINA.—Falda y túnica de lana de fantasía rayada de felpa. La falda está montada á pliegues planos y la tela puesta al bias. La túnica forma delantal delante, adornado de un bias de faille, y detrás levantada á modo de puf.



5.—Detalle del gorro de ganchito

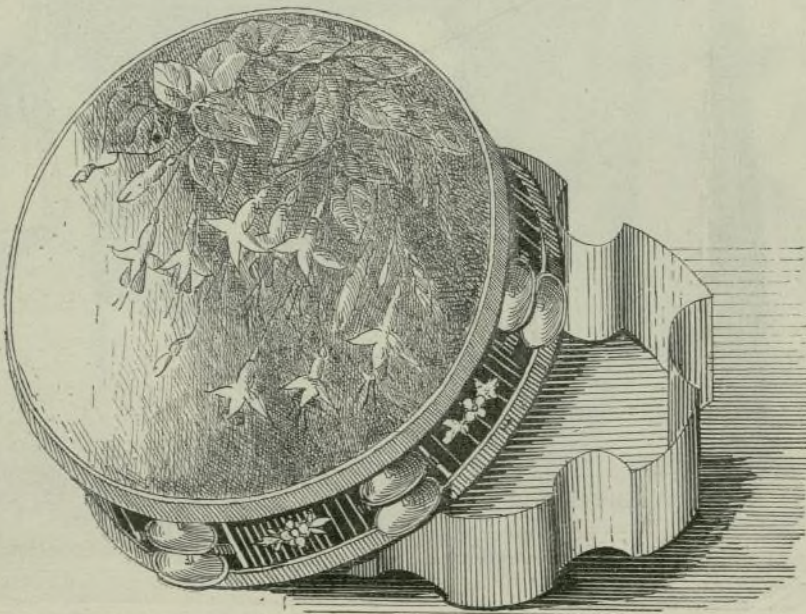
rodeado de una drapería de faille color beige que se prolonga formando quilla atada con cintas beige.

12.—SOMBRERO DE FELPA COLOR DE GRANATE, para señorita.—El ala es de felpa; el fondo de felpa bordada y arrugada á manera de cresta, con un penacho de preciosas plumas de color de rosa que caen hasta el borde del ala.

13.—SOMBRERO DE FIELTRO AZUL MARINO, con el ala levantada á un lado y forrada de terciopelo del mismo color. Una banda de brochado indiano adiamantado adorna la copa y termina delante en un lazo que forma penacho. Colocados al lado derecho van unos marabús de plumas muy ligeras de color de rosa.

14 y 15.—TRAJES DEL FIGURÍN ILUMINADO, vistos por detrás.

16.—TRAJE DE REUNIÓN Ó TEATRO.—Vestido de terciopelo judea, de larga cola. Salida de baile Fru-Fru, de terciopelo labrado de color de judea más claro, sobre fondo de raso color crema. Los bordados y las pasamanerías de madroños flojos son de los colores crema y judea. Las



8.—Pandereta

tiras de plumas que guarnecen la salida de baile son de color judea oscuro. Se las puede reemplazar con piel negra. Penacho de plumas en la cabeza.

17.—TRAJE DE SOIRÉE PARA SEÑORITA, de seda brochada de color crema azulado. La falda está plegada; el delantal plano está guarnecido á un lado de conchas escalonadas, azul pálido, colocadas al través. Un pañier vuelto, formando una ancha concha de faille azul, está sujeto con un grupo de rosas. Corpiño-redingote ó princesa guarnecido de conchas de encaje. Varios volantes del mismo encaje guarnecen el descote. Un grupo de rosas adorna la cabeza.

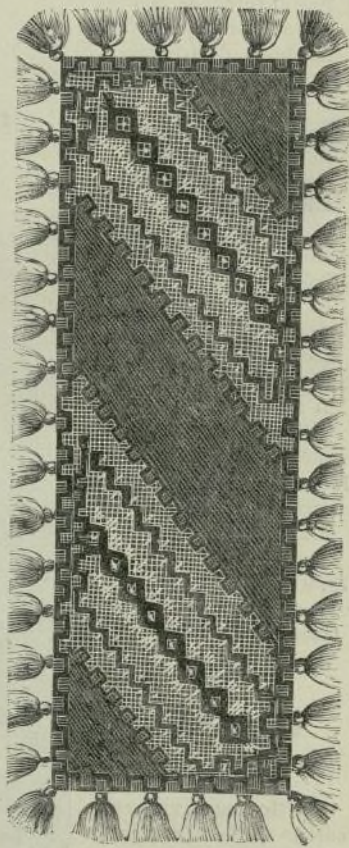
18.—TRAJE DE NIÑO, de sarga azul marino, guarnecido de tiras bretonas, bordadas de azul y encarnado. Sombrero de fieltro adornado con los mismos galones.

19.—TRAJE DE NIÑO, de tela de fantasía gris parda.—La blusa y el calzón son de la misma tela. Corbata encarnada con lunares. Sombrero de fieltro color de castaña, con adornos del mismo color.

20.—TRAJE DE BAILE.—Vestido Pompadour de color de malva sobre fondo color de marfil. El faldón está rodeado de faille de color marfil y guarnecido de una vuelta plegada del mismo faille.

Cola de faille color de marfil. Camiseta de gasa color de malva y de encajes. Mangas de encaje. Coselete de terciopelo color de malva con solapas de faille color de marfil. Un grupo de rosas amarillas en el hombro, y un bullonado de gasa color de malva en el borde de la falda. Plumas de color de marfil en la cabeza.

21.—TRAJE DE COMIDA Ó DE REUNIÓN.—Falda de seda de fantasía de color de fuego y rosa pálido. Túnica guarnecida y drapeada de encaje y bordado de cuentas multicolores; el corpiño está recortado en forma de tirantes sobre una camiseta cota de mallas, de cuentas color de fuego. Mangas de encaje recortadas sobre



7.—Tapete de piano

Corpiño redingote de largos faldones de terciopelo labrado ó tela brochada. Solapas de faille bordado. Chaleco de punta, de terciopelo rayado, abierto en forma de corazón sobre un abolsado de faille. Cuello recto de brochado. Sombrero de fieltro, con una cinta y un ave sobre la copa.

B 23.—ABRIGO FRU-FRU, de tejido de fantasía brochado. Tiene la hechura de una rotonda, con la diferencia de que lleva pliegues en la cintura para formar falda. Está forrado de faille, y este forro se vuelve para hacer una especie de cuerpo-blusa. Cuello recto y cinturón de terciopelo con los cabos flotantes. Sombrero redondo de fieltro, con el ala rodeada de perlas y adornado de bonitos lazos de faille.



Henry, Edit. Edit.

J. Bas, imp. Paris

Reproduccion prohibida

EL SALON DE LA MODA

III - N° 76

Montaner y Simon, Editores.

BARCELONA

Terminada la nueva edicion de la notable y lujosa obra titulada Vida de la Virgen Maria con la Historia de su culto en España, escrita por el Hmo. Sr. D. Vicente de La Fuente e ilustrada con primorosos cromos, creemos deber recomendarla a nuestros favorecedores por ser el libro mas a propósito para ofrecerlo como regalo e para figurar en una biblioteca.

Ayuntamiento de Madrid



C 24.—TRAJE LILÍ PARA NIÑA DE 6 AÑOS.—Falda de lana gris hierro liso, con un bordado. Sobrefalda anudada, encarnada y gris. Chaleco abolsado de la misma tela. Corpiño de faldones de felpa gris hierro con galón bordado que rodea el cuello. Sombrero de fieltro, adornado de lazos de raso encarnado y una pluma.

REVISTA DE PARIS

El mes de noviembre ha empezado con sus rigores, y esta época, en que la naturaleza se adormece, que priva de su follaje á los árboles é inunda el corazón de tristezas, hace que por un misterioso instinto vayamos á hacer una visita á los seres desaparecidos.

El culto de los muertos está profundamente arraigado en las almas de los parisienses.

de fe en una vida nueva y de esperanza en un innegable porvenir de reparación y de justicia, un himno universal á la inmortalidad.

No me atreveré á afirmar que cuantas personas visitan en este mes los cementerios se expliquen de este modo el instinto que hacia ellos las guía; pero lo que sí aseguro es que lo sienten aunque no lo digan, y que el llanto derramado, las plegarias pronunciadas en voz baja y las flores esparcidas sobre los sepulcros ofrecen un espectáculo que vigoriza el alma y la consuela.

Este año, el primer día de visita á los difuntos no ha reunido en los cementerios gran aglomeración de gente; pero el número de visitantes ha sido el segundo día, ó sea el de Todos los Santos, el mayor que se recuerda. En cifras redondas se calcula en 173,000 las personas que fueron el domingo á visitar los cementerios de París y



9.—Sombrero redondo

No hay modo de qué no se manifieste, y por poco que se observe, se le ve practicado todos los días, no ya en el seno del hogar doméstico, sino en la vida pública. Nadie pasa por delante de una puerta tendida de negro ó de blanco, en señal de que en la casa hay algún difunto, sin descubrirse respetuosamente. La muchedumbre, tan indiferente en esta ciudad, se detiene silenciosa al paso de un fúnebre cortejo, se quita el sombrero ó la gorra y no se permite la más ligera broma, y hasta los mal educados cocheros refrenan sus caballos por no desordenar la comitiva.

Estas muestras del culto de la muerte son más marcadas en los primeros días de este mes. En balde se intenta batir en brecha la idea de Dios, desterrarla de la enseñanza pública, perseguirla hasta en el santuario inviolable de la familia; nadie ni nada podrá impedir que en los días 1.º y 2 de noviembre reconquiste el terreno que pueda haber perdido, y se manifieste de un modo tan sincero y respetuoso como profundamente patético.

Desde muy temprano, á los tibios rayos de ese melancólico sol velado por las nieblas, la población parisiense, confundida en un solo sentimiento, emprende el camino de los cementerios. Los carruajes de lujo siguen á los de alquiler; los ómnibus y tranvías rebosan de viajeros; los pedestres, mucho más numerosos, van detrás de unos y



11.—Traje de señorita

otros llevando un jarro de flores, una corona, un ramo ó cualquier otro recuerdo, y toda esta muchedumbre manifiesta un verdadero recogimiento.

Y todas esas personas que se encaminan á los campos santos cualquiera que sea el grado de su dolor ó tristeza, desde las que visten aún reciente luto hasta las que han olvidado un tanto el camino de las tumbas, todas, hasta las más indiferentes, sacrifican algo, aunque sólo sea una hora de tiempo, á un sentimiento más poderoso que el deber ó el interés, y que rompe con el egoísmo de cada día, porque en esa peregrinación anualmente reproducida, de la cual forman parte los afortunados y los desheredados de este mundo, los poderosos y los humildes, debe verse, con preferencia á otra cosa, la consagración de un vínculo indisoluble entre los que quedan y los que nos han dejado, un perpetuo acto

naturales, homenaje mucho más preferible, por cuanto dichas flores no tan sólo son más agradables á la vista, sino que atestiguan cuidados más asiduos en obsequio de los muertos, por cuanto hay que reemplazarlas á medida que se marchitan.

En otro tiempo sólo se colocaban algunas coronas y ramos en los féretros: hoy cuantas personas tienen alguna intimidad con la familia del difunto, creen de su deber enviar flores á sus funerales, en forma de coronas, cruces ó ramilletes.

Otra costumbre que se va generalizando es la de que las mujeres no asistan á los entierros, y la verdad es que no se comprende porqué han de asistir á las exequias de los padres y no á las de los maridos, diferencia que únicamente la costumbre puede justificar.

En cuanto á la duración y al modo de llevar el luto en Francia, hay que distin-



10.—Sombrero de terciopelo

sus suburbios, número que ascendió al día siguiente á cerca de 370,000, y que disminuyó algún tanto el día 2.

Como siempre, el cementerio del Padre Lachaise ha sido el más concurrido, pudiendo calcularse en 173,000 la cifra de los visitantes: en el de Montmartre han entrado 50,000, y así de los demás.

Estas cifras son la confirmación de lo que dejo expuesto, esto es, de que el culto de los muertos puede considerarse en París como un culto nacional.

Mis lectoras me perdonarán que consagre hoy parte de mi correspondencia á tratar de cosas tristes, siquiera en consideración á que no me permito hacerlo más que una vez al año, y aun así, obedeciendo irresistiblemente á la fuerza de las circunstancias propias del mes actual. Y puesto que de costumbres relacionadas con el recuerdo á los difuntos he hablado, continuaré dándoles cuenta de otras que prevalecen en casos de luto y duelo.

Diré en primer lugar que ya han pasado de moda las coronas de cuentas y abalorios y que hoy sólo prevalecen las de flores na-



12.—Sombrero de felpa



13.—Sombrero de fieltro

guir entre París y los departamentos. No parece sino que fuera de la capital se tiene más tiempo para llorar á las gentes que en París, porque en aquellos una mujer se considera obligada á vestir luto por un padre ó una madre dos años, esto es, uno riguroso y otro de alivio, al paso que aquí sólo se lleva la mitad de este tiempo. Verdad es que el luto de viuda se lleva en París tanto tiempo como en las provincias.

Fuera de la capital los vestidos de luto son más severos que en ella, y al paso que en provincias se sigue usando el vestido largo y sin adornos, el manto y el velo largo de crespón cayendo por delante, en París nadie se pone ya estas dos últimas prendas sino el día del entierro ó de los funerales. Usase aún el vestido de lana, pero siguiendo los caprichos de la moda, y por consiguiente con guarniciones y pliegues, con pasamanerías inventadas exprofeso para adornarlos y con perlas de madera negra ó de azabache mate. Además se ha adoptado de algún tiempo á esta parte el gorro de viuda, el cual no es otra cosa sino una especie de turbante de crespón blanco que se adapta al sombrero por delante, moda importada de Inglaterra y acogida muy pronto entre nosotros.

Antes no se llevaba luto por los párvulos, pero muchas madres, que no han podido tener tanta resignación, se visten de negro cuando se les muere un hijo de corta edad. El luto que se hace llevar á los niños no ha variado; si son muy pequeños se les viste de blanco con un cinturón negro, morado ó color de malva; pero desde la edad de siete años visten el mismo luto que las personas mayores.

A los criados se les asocia á la aflicción de la familia. Es costumbre dar dos vestidos negros, un sombrero y un mantón á cada criada. El cochero y el lacayo deben usar librea negra, sin botones de metal, y gasa en el sombrero, gasa que también se pone en el frontal de los caballos.

Ya no se enlutan las habitaciones como en otro tiempo; y por consiguiente ni se enfundan los muebles, ni se velan los cuadros y espejos. Lo único que se hace es no poner flores en los floreros, ó si acaso, se prescinde de las de colores vistosos, como rosas y claveles. En cambio, las sombrillas, paraguas, portamonedas, tarjeteros y devocionarios han de ser adecuados al luto.

En cuanto á alhajas, no se llevan durante los seis primeros meses sino de azabache mate: el brillante no es admisible sino durante el segundo período de luto. Todas las joyas de oro, todos los brillantes, diamantes y perlas se suprimen por espacio de un año.

Y hasta ya de este asunto, que hace tomar á mi revista un color por demás sombrío y lúgubre.

Existe en uno de los suburbios de París un asilo, patrocinado por una dama, dignos tanto aquél como ésta de que les consagre algunos párrafos en mi correspondencia. El asilo se halla situado en Asnières, y la dama, que es vecina de nuestra capital, lo ha fundado con un objeto benéfico, no puedo decir humanitario, porque los seres recogidos en él son irracionales.

Todo el que quiera desprenderse de un perro ó un gato sin tener la crueldad de matarlos, puede encaminarse á dicho asilo y arrojar el animal por encima de la pared de cerca. No haya miedo de que éste se lastime al caer al otro lado, pues lo impide un montón de paja que le preserva de todo daño. Al oír los gritos que naturalmente exhala el pobre cuadrúpedo, se



14 y 15.—Trajes del figurín iluminado, vistos por detrás



16.—Salida de baile

17.—Vestido de baile

abre una puerta, sale una mujer, lo coge en sus brazos, lo lava, lo limpia, le da de comer y beber y lo pone en seguida en un canasto.

El asilo en cuestión consiste en un pabellón de tres pisos situado entre un patio y un jardín. A lo largo de las paredes de cada habitación hay canastos donde duermen, á veces en amigable consorcio, perros y gatos. Los cuartos están calentados y sus pavimentos encerados. Los mismos huéspedes enseñan á los recién llegados á ser limpios.

Pero la susodicha dama no se interesa solamente por esos amigos del hogar doméstico, pues su principal cuidado es la suerte de los caballos. Así pues, tan luego como deja arreglados á los huéspedes de su asilo, coge su título de individua de la Sociedad protectora de los animales y se encamina á París. Al entrar en la ciudad, da principio á la misión que se ha impuesto, y por la calle va recogiendo los clavos y los pedazos de cristal que podrían lastimar á los caballos, y los arroja á la alcantarilla. Si ve una calle mal empedrada, se pone de acuerdo con las numerosas prosélitas que ha hecho y escriben al prefecto del Sena. Increpa á los cocheros, y no teme insultarlos, cuando no les suplica. En las paradas de carruajes, se opone á que se alquilen los últimos para que los caballos tengan tiempo de descansar. En virtud de la ley Grammont, se ha de desenganchar á todo caballo caído antes de levantarlo; pues bien, dicha señora, con la ley en la mano, prohíbe al cochero que golpee al caballo entre las varas y si es necesario se sienta sobre el animal hasta que lo desenganchan.

Además del asilo de Asnières tiene otro en París, calle de Colombes, donde alberga todos los animales que compra para librarlos de los malos tratamientos y que no tienen cabida en aquél. Como un gran número de damas sigue su ejemplo, resulta que en la casa de la calle de Colombes hay un ejército de animales, como perros, gatos, y hasta un asno. Un

hospital de hombres no está mejor cuidado, así es que los pobres cuadrúpedos allí asilados se ponen gordos y orondos en poco tiempo. El que desea alguno, no tiene más que solicitarlo, con tal que pruebe que le tratará bien y que jamás lo entregará á los vivisectores; porque es de advertir que los sabios que se dedican á despedazar animales en obsequio de la ciencia son los enemigos más odiados de estas damas, por lo cual puede calcularse la invencible aversión que profesarán á M. Pasteur.

Por lo dicho, se comprenderá que la vida de tan solícitas protectoras de los animales tiene poco de alegre y que se necesita toda la filosófica abnegación del que cree cumplir con un deber sagrado para soportarla.

Esto prescindiendo de las burlas y cuchufletas que de continuo se oyen, y de que no falta quien las trata de locas.

La verdad es que se requiere todo el estoicismo que infunde la persuasión de obrar dignamente, para exponerse de tal modo á la rechifla de los ignorantes ó de los mal educados, y á los continuos choques con personas de duro corazón, y para proseguir sin desmayar una tarea tanto más laudable cuanto que no espera otra recompensa sino la satisfacción de haber cumplido bien una misión benéfica.

París está hoy sujeto á la monomanía del ayuno, aunque hasta ahora en cabeza ajena, pues no son los parisienses los que ayunan, aunque no me atreveré á asegurar que no surja entre nos-

otros algún émulo del doctor Tanner, sino que son los ayunadores los que han escogido á París por su cuartel general.

No teníamos bastante con Succì, que á estas fechas habrá dado principio á sus experimentos, sino que ha aparecido también otro italiano, Merlatti, que sin previo preparativo, se ha propuesto dejar atrás á su competidor.

Y como si ambos no bastaran, preséntase á tomar parte en este certamen de abstinencia un tal Battandier, de Vesoul, que se ofrece á ayunar por espacio de cincuenta días sin tomar otro alimento que agua con un poco de éter. A guisa de fortificante promete dedicar sus cincuenta días de ayuno á escribir una monografía sobre la fucsina y sus derivados.

En cambio, se anuncia la llegada próxima de una especie de ogro que se compromete á devorar diariamente cincuenta kilogramos de alimento, crudo ó cocido y sea el que quiera, con tal que se pueda mascar.

A este paso, París dejará de engalanarse con el calificativo de cerebro del mundo para convertirse en París-fenómeno.

..

Se procede hoy en todo con tal minuosidad y deseo de buen tono, que los trajes de los niños son tan complicados como los de las mamás: pecheras, visos, chalecos; pantalones, levitas, nada falta en ellos. Y lo prodigioso es que con esta multiplicidad de formas se consigue dar al conjunto del traje un aspecto homogéneo y casi sencillo. Los que más se adornan son los de los niños de cuatro á nueve años; antes y después de esta edad la sencillez es mayor.

Para las niñas, el estilo ruso, en vestido ó abrigo, es el de mejor gusto. Y este estilo, más ó menos modificado, es el que tiene el privilegio de gustar en las casas más ricas, en las que las mamás gozan de cierta celebridad por su elegancia y distinción. Es de buen gusto vestir á las jovencitas con sencillez. El tipo del vestido ruso, y del abrigo, que se le parece, es la falda fruncida bajo un corpiño ajustado un poco largo: el cinturón sigue el prendido de la falda.

Muchas son las variaciones que pueden hacerse sobre este tema. La falda se pliega en vez de fruncirse, ora á pliegues huecos ó los dos alternados; y lo propio acontece con los abrigos. Estos pueden cerrarse á uno ú otro lado con muchas hileras de botones, ó bien llevarse abiertos sobre un chaleco bretón ó ruso, bordado ó de tela diferente. El abolsado con canesú de terciopelo, reemplaza ventajosamente al plastrón ó pechera. El cinturón, abrochado ó con una hebilla de plata, se puede sustituir con un cordón doble ó sencillo, anudado como con descuido á un lado.

Los abrigos pertenecientes al tipo que acabo de describir, se hacen de telas de valor, figurando en primer lugar la felpa, y no se los recarga de adornos. Unos cuantos botones labrados, y tiras de piel en el cuello, en las solapas y en las bocamangas, constituyen todo su lujo.

Para estos trajes lo que mejor cuadra es la toca, toda de piel ó de felpa con una tira de piel, y por adorno algún lazo ó un grupo de plumas sujeto con un broche de fantasía.

Los trajes blancos ó crema son casi los únicos adoptados para los niños hasta la edad de cuatro años. Por lo general son de felpa, profusamente adornados de encajes, bordados y lazos. Las capotas y sombreros para estos niños llevan también mucho adorno, en especial lazos de cometas, mezclados con escarapelas de cintas mas anchas. Dase el nombre de *cometas* á unas cintas estrechas que están muy de moda, y no sólo para los trajes de niños, sino que tam-



18 y 19.—Trajes de niños



20.—Traje de baile

21.—Traje de reunión ó de comida

bién para toda clase de ropa blanca; así es que se ven canesús de camisas de día y de dormir, cerrados con estos cometas de color azul, rosa, pajizo, salmón, lila, etc.

..

La temporada teatral va cobrando animación.

Durante la quincena ha habido varios estrenos de obras, de los cuales haré mención de los más importantes.

En la Comedia francesa, el de *Monsieur Scapin*, comedia más bien que original arreglo de la que escribió Molière con el título de *Les Fourberies de Scapin* y que ha llevado á cabo con inteligencia el conocido escritor Juan Richepin. Todos los caracteres de esta comedia están bien trazados; abunda en frases llenas de gracia y chiste; la versificación es fluida y fácil, y sus escenas se distinguen por lo animado del diálogo. Si á esto se agrega que la ejecución por parte de los dos hermanos Coquelin, de M. Labargy, y de la Celina Montalard ha sido tan perfecta como podía esperarse de tan célebres artistas, se comprenderá el éxito alcanzado por *Monsieur Scapin*.

Más brillante si cabe ha sido el de *La Cigarra y la hormiga*, ópera cómica de espectáculo en tres actos y diez cuadros, letra de Chivot y Duru, música de Audrán, estrenada en el teatro de la Gaité. Esta obra, inspirada en la conocida fábula del mismo título, está escrita con verdadero conocimiento de los recursos escénicos; el aparato teatral presentado con tanto gusto como esplendidez, y esto unido al talento artístico de Juana Granier y de Mad. Thuillier-Leloir, así como á la música del popular autor de la *Mascota*, hará que sus representaciones se cuenten por llenos algún tiempo. La acción pasa en Flandes, y por consiguiente la música es un poco nebulosa, pues Audrán, á fuer de compositor de conciencia, ha querido sin duda producir en su auditorio una exacta impresión de la monotonía de las brumas flamencas; sin embargo, tal vez contribuya esto mismo á que se aprecien más los rayos de sol que de vez en cuando brillan al través de aquellas en forma de canciones y duetos escritos como Audrán sabe hacerlo. Estos

claros entre nieblas son los que le han valido los cien mil francos en que ha vendido ya su partitura.

Vivianne es un baile estrenado en el teatro del Edén con el suntuoso aparato escénico con que este coliseo acostumbra á poner sus obras, y al cual se presta el argumento de dicha obra en el que intervienen las hadas, y por consiguiente la magia. El éxito de este baile ha sido el de todos los estrenados en el Edén: lisonjero, tanto para la obra, arreglada por E. Godinet y con música escrita por Pugno y Lippacher, como para los intérpretes, y sobre todo para Mlle. Cornalba, estrella coreográfica del Edén.

En el Vaudeville ha tenido lugar el estreno de la comedia en tres actos de Moineaux y Bissón *Un consejo judicial*, en la que se trata de pleitos, procesos y alegatos y que por lo mismo no ha hecho más que pasar, aun cuando esta escrita en excelente prosa y no carece de efectos escénicos.

..

Una noticia de sensación para concluir.

Los maridos y hermanos de las señoras de Buda-Pesth se han empeñado en que desaparezca el polisón que en la capital de Hungría ha adquirido proporciones tan colosales como ridículas, y con tal objeto han resuelto poner polisones á sus perros. Así es que hoy se ve paseando orgullosamente por la ciudad toda clase de canes, con ese airoso producto de la moda actual adaptado á la parte posterior de su lomo.

ANARDA

ECOS DE MADRID

Nubes del cielo y de la tierra.—El buñuelo y la castaña.—Tenorios, Ineses y D. Gonzalos.—La inauguración de la Princesa.—Moratín y Bretón de los Herreros.—Otro estreno en Lara.—El Teatro Real en crisis.—Las subvenciones.—Carreras de caballos.—Los estragos de la lluvia.—La primera misa en la catedral.—Un clock thea.—Un álbum curioso.—Un banquete semanal.—La enfermedad de la Marquesa de Campo.—El terror de las madres.

El mes de noviembre se anuncia siempre de una manera nebulosa. No basta que el diáfano azul con que se viste el cielo durante el otoño se cubra con las gasas naturales anunciadoras de las inclemencias del invierno, sino que también de la tierra se escapan negras espirales de humo que salen ora de la hirviente caldera en que se dora aquel clásico buñuelo origen de la tragedia que comprometió cierta parte de la individualidad de la amante de Pizpino, ora del agujereado pucherillo de barro que dió fama de grandes asadoras de castañas á la desenvuelta Tenorasia y á la desenfadada Pintosilla.

Y sin embargo hoy lo más gráfico del undécimo mes del año no es esto, ni siquiera la más ó menos profana visita á los cementerios. Su paso por el calendario donde se marca es en los carteles de los teatros por la repetidísima representación del *Tenorio*. Las víctimas del legendario burlador de Sevilla salen de sus urnas cinerarias, de lienzo pintado, á plazo fijo; la estatua de D. Gonzalo, dejando en pos de sí blanca estela de polvos de arroz, emplaza el mismo día al descreído D. Juan; D.^a Inés repite con la corrección que sus facultades le permiten las inimitables octavillas italianas de la carta de su irresistible seductor, y Mejías, Centellas y Avellaneda arrastran por las tablas de todos los escenarios posibles ropillas y gregüescos tal vez más ajironados de lo que al lustre escenográfico conviniera.

Tenorio suele haber para el que toda la misericordia del Supremo Hacedor es necesaria si ha de alcanzar la remisión de los desafueros cometidos contra los gallardos conceptos de Zorrilla y se dan á veces Ineses que más parecen la de Pinto que la hija del comendador Ulloa, lo cual no quita sin embargo para que el público, identificado de tal modo con la obra que ve lo que á veces á los actores no les es dado ni soñar, aplauda desplantes y aliente desaciertos para castigo de los cuales fuera poco el rigor del Santo Oficio.

El Tenorio que este año se ha llevado la palma ha sido el del Teatro Español. Si Rafael Calvo no es completamente el burlador que Tirso sacó por vez primera á la escena, hoy por hoy es el que más se le aproxima. A decir verdad, hay momentos, muchos momentos, en que la ilusión es completa. Para que lo sea más ha tenido un buen acierto, por el cual merece entusiastas plácemes como director de escena. Del Teatro Español han desaparecido por fin aquellos lastimosos anacronismos, tales como la decoración estilo Luis XV del acto cuarto.

El acontecimiento teatral de los últimos días ha sido la inauguración del Teatro de la Princesa. Emilio Mario representa dos cosas en nuestra escena. Para los amantes del arte por el arte, es el actor concienzudo é inteligentísimo, el jefe de compañía inflexible que une al buen acierto de la elección de su cuadro la más escrupulosa nimiedad en utilizar todas las aptitudes y el director de escena que se olvida hasta de sus propios intereses cuando de los del arte se trata. Para otra especie de público tiene también un encanto irresistible: el de saber dar á su teatro un sello de distinción y de elegancia que tiene que trocarse irremediablemente en el centro predilecto de las gentes de buen tono.

Estas múltiples cualidades recibían digno premio la noche de la inauguración. Palcos y butacas se veían completamente llenos de cuanto Madrid encierra de notable. El disgusto que había producido la noticia de que probablemente no reanudaría este año sus tareas, acababa de disiparse ante el lacónico anuncio de la lista de la compañía. La aristocracia de la sangre y de la belleza, las del dinero y del talento habían mandado allí sus más dignos representantes. El elegante coliseo estaba hecho un ascua de oro.

Para que las miradas que tan grata ocupación tenían al contemplar tantas caras hermosas y tantas galas de lujo y buen gusto, se concentraran en el escenario, preciso era que se impusieran los talentos de Moratín y Bretón de los Herreros. *La comedia nueva*, esa implacable sátira contra los extraviados en que habían caído aquellos *dieciseisenos* tan anatematizados por el bibliotecario de Pepe Botella, alcanzó un éxito completo. Verdad es que Mario había hecho prodigios como director de escena y como actor. Los más entusiastas aplausos de la noche fueron para él, para Cepillo y para Rosell, que, aunque un poco cargado de color, hizo un D. Eleuterio Crispín de Andorra delicioso.

Ella es él, vino á demostrar que Bretón no envejece. Lo que el inimitable pintor de las costumbres de los comedios de este siglo necesita es que sus comedias se sepan hacer y en la Princesa se posee este secreto.

Para que la noche fuera completa, la función terminó con *El novio de doña Inés* de Javier Burgos, lo cual quiere decir que el público está riéndose todavía.

Lara sigue siendo el coliseo afortunado por excelencia. Detrás de los éxitos de la *Golondrina* de Ramos y de *Pepa la frescachona* de Ricardo Vega, ha venido otro estreno que trae tanta fuerza, como se dice en el argot de bastidores, como los dos anteriormente citados.

La boda de mi criada es una preciosa comedia en un acto en que Segovia Rocaberti ha resuelto uno de los problemas más difíciles que se arrostran en el teatro: el de hacer llorar un momento en una obra en que los chistes y las situaciones cómicas mantienen constantemente la hilaridad en los labios de los espectadores. En la forma especialmente, ha rayado el autor á una altura, que si no le tuviese ya, bastaría para darle puesto distinguido entre los literatos de buena casta. Hay sobre todo una escena en seguidillas aconsonantadas en que parece haberse propuesto lucir todas las galas de dicción y todos los primores de buen gusto de que tan pródigamente está dotado.

La ejecución ha estado á la altura de la comedia. Ricardo Zamacois particularmente, ha probado una vez más que es un actor de los que por desgracia van quedando pocos.

A cambio de estas buenas nuevas teatrales, corre una noticia, que de confirmarse ha de llenar de consternación á los apasionados del *bel canto*. Dícese que la empresa del Regio coliseo se verá obligada á interrumpir sus tareas, porque las exigencias cada vez más inusitadas de los cantantes hacen imposible el sostenimiento de un espectáculo, por muchas razones vinculado exclusivamente en las clases pudientes.

A este propósito una parte de la prensa de Madrid pone el grito en el cielo repitiendo la ya otras veces formulada petición de que el Estado subvencione la ópera.

Mucho respetamos las razones en que se funden los estimadísimos colegas para hacer tal demanda, pero tenemos una que creemos de gran peso para oponernos á ella. El Teatro Real se creó para sostenimiento de un arte, que desgraciadamente hoy por hoy no tiene representación nacional y á la que por lo tanto sólo dan sostenimiento compañías extranjeras. ¿Atraviesa por ventura nuestro arte propio, aquel arte escénico que tanta gloria dió en otros días como pocos resultados pecuniarios da en el presente, por un período de tal prosperidad que no necesite el apoyo de nadie? Sobrado sabemos que no. Y sabiéndolo, pedir para los demás lo que tanta falta nos hace á nosotros mismos, nos parece un demasiado magnánimo olvido del tan sabido *caritas bene ordinata incipit à semetipsum*.

El otoño se ha despedido con las acostumbradas fiestas hípias, que aunque recientemente implantadas entre nosotros, comienzan á hacerse una necesidad en las clases altas.

El tiempo sin embargo ha ayudado poco. De los dos días de carreras, sobre todo uno la lluvia ha qui-

tado por lo menos la mitad de su esplendor al animado festejo.

El desfile por la calle de Alcalá y el Paseo de la Castellana tenía algo de fuga. Los elegantes *breeks* y las ligeras *charrets*, semejantes otras veces á esos carros de apoteosis en que los pintores del siglo XVIII amontonaban racimos de ángeles peinados á la Pompadour, parecían tenderete de vendedor de paraguas en día de feria.

Pero no por eso las carcajadas eran menos sonoras, ni la alegría menos expansiva. Por más que se crea, esta diversión tiene una tendencia democrática. Lo primero que hace es desterrar la tiesura y la antipática seriedad que era en otros tiempos carácter distintivo de los elegidos de la tierra. Ahora la alegría nivela. La única diferencia que quedará siempre es esa línea divisoria que separa el espumoso champagne del amoratado peleón. Pero esa línea la borra un billete de Banco.

El día 9 se inauguró la capilla de la cripta del futuro templo de la Almudena. A las siete de la mañana el canónigo Sr. Calderón dijo la primera misa y próximamente á las diez llegó S. M. la Reina regenta acompañada de la Sra. Duquesa de Medina de las Torres y del Duque de Medina-Sidonia.

En la plataforma de ingreso esperaba á S. M. el clero con cruz alzada, el Gobernador de Madrid, el Alcalde del distrito Sr. Plazaola y el arquitecto señor Marqués de Cubas.

La augusta señora que rige los destinos de nuestro país ocupó un reclinatorio á la derecha del altar mayor, teniendo á su derecha al Nuncio de Su Santidad.

Una vez en la capilla, el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá dió principio á una misa rezada con acompañamiento de órgano expresivo.

Todas las damas que componen las juntas parroquiales encargadas de recaudar fondos para la edificación de la catedral asistieron á la ceremonia y una vez terminada ofrecieron un precioso *bouquet* á S. M.

En los círculos aristocráticos comienza á notarse la animación que trae consigo la llegada del invierno y que indudablemente alcanzará todo su apogeo cuando termine el luto por S. M. D. Alfonso XII.

La otra tarde la Sra. de Curry, esposa del ministro de los Estados-Unidos, obsequió á sus más íntimos amigos con un *five ó clock thea* que estuvo en extremo concurrido. Además de las señoras pertenecientes al cuerpo diplomático y al mundo oficial, asistieron muchas de las más hermosas y distinguidas damas de nuestra buena sociedad.

Los Sres. de Curry ocupan en la plaza de San Martín una espléndida casa que han alhajado con verdadero gusto artístico. Entre las muchas preciosidades artísticas que encierra, la que con justicia llamó más vivamente la atención de los concurrentes á la fiesta fué un libro en vitela recientemente adquirido por el dueño de la casa y en el que entre orlas minúsculas de distintas épocas se ven los autógrafos de los Reyes y familias Reales de España desde Felipe III á Fernando VII.

Aquella misma noche dieron comienzo los banquetes semanales que como los inviernos pasados, han de tener lugar este en el hotel de los Condes de Vilana.

Entre los comensales figuraban el Conde y la Condesa de Heredia Espínola, los de la Corzana, los Marqueses de Alava, la Sra. de Monleón, y los señores Correa, Alcázar y Martos (D. Alfonso).

En la comida se habló de la próxima boda de la heredera de un nobilísimo título de Castilla con el hijo de un acaudalado banquero, y del feliz alumbramiento de la hija de los Marqueses de Potestad Fornari, que ha dado á luz en Biarritz un precioso niño.

La nota triste fué la noticia de la enfermedad, por desgracia con caracteres graves, que desde hace tres días aqueja á la Sra. Marquesa de Campo. Los últimos partes facultativos afortunadamente, aunque sin

aventurarse á decir que el peligro ha pasado, acusan una ligera mejoría en la enferma.

* *

Y á propósito de enfermedades. Las madres de familia no tienen un momento tranquilo. La difteria y la viruela, esos dos terribles enemigos de los niños, están haciendo estragos sin cuento en Madrid.

La cuna que tantos motivos de respeto tiene para los humanos, es precisamente el lugar en que muestra más saña la muerte. Esos seres que no han tomado apenas posesión de la vida, están amenazados constantemente por esa cesantía de que cobra los haberes el sepulturero.

Ver morir un niño es siempre horrible. El fruto cayendo después de haber alcanzado su madurez es lógico, es más, es justo; pero el capullo que no acabó aún de entreabrir su corola arrebatado por el huracán, no se explica. En la muerte del niño ahogado por la difteria ó abrasado por el fuego purulento de la viruela, hay hasta un refinamiento de crueldad.

¡Cuánta fe en esas cosas inescrutables que oculta el manto azul del firmamento necesita para no blasfemar una madre que ve arrebatado de sus brazos el fruto de sus entrañas!

SIEBEL

HISTORIA DE UNA HUÉRFANA

PRIMERA PARTE.—LA EXTRANJERA

(Continuación)

—¿Quién sabe si lo hará?—dijo la niña triste y preocupada.

Y después de haber pedido permiso á los niños con un gesto de cabeza, pasó por medio de ellos para continuar su camino hacia la aldea que se divisaba á la entrada del valle.

A medida que se iba alejando de ellos, que la seguían con sus miradas y estaban pensativos, se decía:

—¿Quién será? ¿de dónde viene? ¿á dónde irá?

Ninguno recordaba haber visto en el lugar á tan pobre criatura, cuyo rostro en el que se revelaba una vida de sufrimiento, el miserable traje que llevaba y su fisonomía particular, tanto les había llamado la atención.

Apenas contaría diez años. Era pálida y delgada, cualidades que hacían resaltar más sus negros y expresivos ojos y su mirada viva y penetrante. Por todo vestido llevaba una miserable falda de indiana, descolorida, remendada, con algunos jirones y tan corta, que apenas le cubría las rodillas y un corpiño cuyas mangas sólo le llegaban al codo. Llevaba al cuello un pedazo de chaconada que la servía de corbata; no gastaba medias, y calzaban sus pies unos zuecos muy usados. Tenía desnuda su cabeza, pero, cosa que contrastaba con su desnudez, su rubia cabellera, sin trenzas, pero peinada y terminada en grandes y hermosos bucles, cubría su espalda y le llegaba á la cintura; y cuando andaba, en los movimientos de cabeza de la pobre niña se comprendía que experimentaba una gran satisfacción en que flotara al aire tan precioso adorno. Ya estaba á alguna distancia, y Pedro, que la había mirado con más interés que sus compañeros, echó á correr tras ella. Cuando la alcanzó, le dijo:

—Espera un poco; no te vayas aún, porque el bribón de Nicasio se habrá ocultado allá abajo para vengarse de tí. Espera y te acompañaremos.

—Bueno,—contestó la niña, encogiéndose de hombros.

—¿Tienes miedo de mí?—le dijo Pedro, á quien ya se habían unido sus compañeros.

—Ya he visto muchos,—respondió tranquilamente la niña.

—¿Qué dices?

—Sería muy largo de contar. Necesito llegar cuanto antes.

—¿Que necesitas llegar? ¿á dónde?

—Allá abajo, á la aldea.

—Pero tú no eres de la aldea, porque no te conocemos; ni tampoco eres de este ayuntamiento.

—No.

—¿Vas á casa de tus padres?

—No tengo padres,—contestó ella.

—¡No tiene padres!—dijeron los niños, mirándola estupefactos.

—¿Y qué vas á hacer?—exclamó Pedro que contemplaba á la niña con cierto interés que hasta entonces no había sentido.

—Voy al lugar por ver si puedo colocarme. Si no hallo acomodo, iré á otro pueblo antes que la noche se eche encima; así que no puedo entretenerme. ¡Adiós!

Y se disponía á marchar; pero Pedro se puso delante de ella, y le dijo:

—Encontrarás, no tengas cuidado, que sí encontrarás.

Después, con cierto aire de confianza, le preguntó:

—Dí, pequeña, ¿vienes tal vez de muy lejos?

—Sí, de bastante lejos.

—¿Entonces estarás cansada?

—¡Ah!—respondió ella con graciosa sonrisa;—un poco.

—¡Que un poco! No, bastante,—dijo vivamente Pedro; y dándole cariñosamente el brazo, la llevó hacia una verde colina que había en la parte despejada del soto, y continuó diciendo:—Por eso debes quedarte un rato con nosotros; tú necesitas comer. Ya que por tí hemos hallado las fresas, justo es que las pruebes. Si te niegas á ello, creemos que estás enfadada. ¿No es verdad, compañeros?

—Sí, sí, es verdad,—respondieron los muchachos, siguiendo en pos de la niña que se dejaba llevar dócilmente por Pedro.

—Sentaos,—les dijo éste, cuando llegaron junto á un árbol á cuyo pie formaba el suelo una especie de asiento cubierto de césped.—Sólo fresas te podemos ofrecer. ¿Tenéis alguno pan?

—Sí, sí, ¡ahí va!

Y cinco ó seis sacaron á la vez de sus bolsillos otros tantos pedazos de pan tierno.

—Si tienes sed, puedes beber, pues el agua no está lejos.

Y señalaba un arroyuelo que á pocos pasos de ellos corría un poco más abajo de la *Torre de los buhos*.

—Gracias,—dijo la niña, que ya estaba sentada, sonriendo dulcemente á los muchachos.

Pedro y sus camaradas, satisfechos por haber visto aceptada con tanto gusto su merienda, se esmeraban en hacer los honores á la convidada.

Sentáronse sobre las rodillas y colocaron al lado de ella los pedazos de pan; Pedro, que había sacado punta á varias varitas de avellano, dió á la niña la más delgada, y con acento expresivo le dijo:

—Vamos, siéntate tranquilamente; que después vendrás con nosotros y hallarás, no una, sino diez casas.

—Es verdad,—dijeron los demás niños que se iban sentando en semicírculo ante la niña.

Cuando lo hubieron hecho, tomaron las varillas que Pedro había arreglado.

—Ahora,—dijo á la niña,—come.

—Bueno, ¿y vosotros?

—No tenemos ganas.

Y al decir esto, Pedro dirigió una mirada tan expresiva á sus compañeros, que éstos comprendieron al momento lo que quería, y todos á la vez, como si obedeciesen á una consigna, dijeron:

—No, no tenemos hambre.

La niña, después de una breve pausa, exclamó con un acento cariñoso y lleno de confianza:

—Me alegro que me hayáis convidado, porque hacía tiempo que no había comido; así que aceptaré gustosa uno de vuestros pedazos de pan.

Después, alargando la mano á uno de ellos, dijo:

—¿Veis? tomo el mayor. Esto os probará que no estoy enfadada con vosotros.—(Y se puso á reír á la vez que hincaba sus finos dientes en el pedazo de pan que había cogido.)—¿Me lo habéis ofrecido con gusto?

—Sí, sí,—dijeron todos á la vez.

—Entonces sería tonta sino comiese, porque tengo hambre... Pero no creáis que voy á comer todo lo que tenemos delante, no. Si os empeñáis que coma fresas, con unas pocas que ponga sobre mi falda, tengo bastante.

—Entonces á comer,—dijo Pedro.

Y se repartieron por igual los pedazos de pan. El

canastillo, que estaba á la vista, fué el objeto de sus miradas, y se convirtió en blanco de los tenedores provisionales de madera que cada uno tenía y que, metiéndoles unos tras de otros, sacaban con las fresas clavadas, lo cual les excitaba la risa.

Sin embargo, Pedro no reía. La huérfana, que comía con alegría y sin temor, observó que estaba distraído y pensativo y que no metía su varita en el montón de fresas.

—Vamos, come,—le dijo.

—Ya como, ya como; y metió su varita dentro del canastillo, pero sin que pinchara ninguna fresa.

—Ya sé por qué me miras de ese modo, le dijo la niña.

—¿Por qué?

—Porque eres muy curioso y quisieras saber de dónde vengo, cómo me llamo y por qué me habéis hallado en el camino; ¿no es eso?

—Pues bien...—replicó Pedro.

—¡Dios mío! Nada malo veo en esa curiosidad, y por complaceros, os lo contaré todo. Puesto que habéis prometido ayudarme á buscar colocación en la aldea, justo es que vosotros sepáis quién soy á fin de que podáis contestar á quien os lo pregunte.

—Sí, sí.

—¡Bueno! pero dejadme acabar antes mi pan,—dijo la niña haciendo un gesto de encantadora travesura.

Y mientras ellos lo celebraban, procuró la huérfana masticar la corteza que tenía en la boca. Después quedaron completamente silenciosos á fin de no perder ninguna de sus palabras.

IV

LA HISTORIA

—Tengo doce años,—dijo la niña.

—¡Doce años!—replicó admirado Pedro, y sus camaradas decían con la vista ¡no es posible!

—¡Ah!—dijo ella,—bien conozco que ni por mi estatura ni por mis formas aparento tener esa edad, pero tal es la verdad: tengo doce años, cumplidos en el día de San José, y soy más fuerte de lo que parecezco.

Y levantaba los puños para dar mayor crédito á sus palabras.

—Sí, bien se ve,—dijo con galantería Pedro, y los demás niños revelaron con su mirada que eran de la misma opinión.

La huérfana continuó:

—Me llamo María Clozelle.

—¡Bonito nombre!—exclamó Pedro.

—Me alegro que te parezca bonito. Mi pueblo se llama Varaudiere.

—¿Está muy lejos?

—Habrá media jornada desde él á vuestra aldea.

—Igual que desde la aldea á Varaudiere.

—Sí, pero en sentido inverso.

—¿Vive tu padre allí?—le preguntó uno de los niños.

—Mi padre murió hace mucho tiempo; no le conocí.

—También el mío,—dijo Pedro: vivirá tu madre.

—Tampoco: hace un año que murió,—dijo la pobre niña, moviendo tristemente la cabeza.

—Entonces ¿no tendrás familia?

—Sí, tengo un hermano; mas no sé su paradero, que si lo supiera, iría á buscarle; y como me quiere tanto, no me abandonaría. Mas no sé dónde está... Se marchó, y después no ha vuelto á saberse de él.

—¿Y cómo así?—dijo Pedro.

—Oyeme y lo sabrás. Mi hermano tenía diez años más que yo. Estaba dedicado al trabajo del campo y daba á mi madre todos los jornales que ganaba. Mi madre siempre me decía: «Mira qué bueno es Andrés para nosotras; quíerele (así lo hago), y si yo llegase á faltar, obedécele, porque te servirá de padre.» Y yo le respondía: «Esté V. tranquila, madre. Yo le obedeceré en todo.» Si estuviera conmigo mi querido Andrés, yo le obedecería, porque así se lo prometí á mi madre. Pero Andrés siempre estaba triste, y al verle mi madre en tal estado, se ponía á llorar y le decía: «¿Por qué estás triste?» Y él respondía: «Por ver la miseria en que vivimos.» A esto replicaba mi madre: «¿Qué nos falta?» Y él contestaba: «¿Puede llegar uno á rico, trabajando siempre para unos y otros?» Mi madre le volvía á decir: «Des-

echa esas tonterías de la imaginación; no pienses más que en ayudarme á educar á tu hermana y después podrás casarte.» «No, respondía él: el día menos pensado, madre, hago una calaverada; me iré donde yo sé, ganaré dinero, seré rico..... después volveré á vuestro lado y os haré felices.» «¡Vamos, no tengas tales ideas! decía mi madre. María, abraza á tu hermano para quitárselas de la cabeza.» Y cuando le abrazábamos, siempre nos decía: «Ya no tengo esas ideas.» Pero él no renunciaba á ellas; pues un día, hará dos años, no volvió á casa y con un hombre nos mandó recado de que no volvería hasta que no fuese rico, y que si no llegaba á serlo, no volvería... ¡Y todavía no ha venido!

—¿Y causó mucha tristeza á tu madre la marcha de tu hermano?—dijo Pedro.

—¡Ya lo creo! siempre estaba llorando; enfermó, y no pudo trabajar. Yo trataba de ganar alguna cosa; pero como era tan pequeña, no podía ganar más que algunos céntimos, y eso muy raras veces. Y mi madre seguía siempre en la cama, y muchos días no teníamos pan que llevar á la boca! Unas veces me decía: «Ana María, no mendigues, trabaja; que no es bueno el pan de limosna.» Otras me hacía rezar con ella por nuestro querido Andrés á quien ella tanto quería; y siempre me daba estos consejos: «Cuando Andrés vuelva, porque estoy segura que ha de volver, no le riñas; quíerele mucho y haz cuanto él te mande. Dile que á nadie he querido más que á él, y que le he dado mi bendición.» Pero una tarde que estaba hablándome de Andrés con voz muy débil y apagada, cerró los ojos y me abrazó... Las vecinas que allí había me dijeron: «Ven...» Y me sacaron de casa. Al día siguiente le sacaron á la iglesia en una caja blanca; á mí me vistieron de negro.... después le llevaron al cementerio.... Y no quisieron que durmiera en nuestra casa... Yo no hacía más que llorar, porque conocía que mi madre había muerto, que le habían enterrado y que ya no volvería á verla. Decíanme que no llorara, pero yo no podía remediarlo.

(Se continuará)



A 22.—Traje Balbina

B 23.—Abrigo Fru-Fru

C 24.—Traje Lili, para niña

PENSAMIENTOS

Haz á una persona cien favores, mil; pero niégale después uno, y sólo se acordará de este día en que no lo serviste.

Hablar mucho y bien es propio de hombre ilustrado.

—Hablar poco y bien, es el carácter del sabio.

—Hablar mucho y mal, es la manía del fatuo.

—Hablar poco y mal es la desgracia del necio.

La probidad, es la virtud de los pobres, y la virtud la probidad de los ricos.

Para adquirir la reputación de saber lo que se ignora basta muchas veces aparentar ignorar lo que se sabe.

Las mujeres son la causa de que los hombres no se amen, y los hombres de que las mujeres se aborrezcan.

Se ve á muchas personas tan pagadas de sí mismas, á pesar de sus defectos y vicios, que no puede concebirse qué idea

formarían de su mérito si realmente lo tuvieran.

Un cortesano transige con que se dude de su buena fe; pero no de su crédito.

La hermosura es una rosa, y la bondad su perfume.

RECETAS UTILES

HIGIENE DEL CABELLO

El rizado no perjudica al cabello sino cuando se hace con un hierro caliente, porque éste lo seca, lo vuelve quebradizo, altera su color y lo predispone á una caída precoz. Por consiguiente, no conviene hacer uso de las tenacillas de rizar sino de tarde en tarde, ni de las que se calientan en agua hirviendo, aunque son mucho menos perjudiciales.

Aconsejamos, pues, á las señoras que deseen conservar su cabellera mucho tiempo y en buen estado, que no se la ricen sino con papelillos.

Tampoco es bueno enredarla, porque la enreda, y cuando se la quiere peinar, se tira forzosamente del cabello. Para desenredarlo es preferible un cepillo ó un peine.

El abuso del peine fino ó lendrera es desastroso para los cabellos largos; no es raro ver señoras con la raya de la cabellera sumamente clara, y esta raya se va haciendo cada vez más ancha si no se cambia la hechura del peinado. El único remedio para tan desagradable inconveniente es cambiar la raya de sitio, y friccionarse por mañana y tarde la parte desnuda con una pomada fresca y á propósito.

(Continuará)

PASATIEMPOS

SOLUCIONES DE LOS DEL NÚMERO 75

Charada.—Desalmado.

SIMILES

- 1.º—¿En qué se parece la música á un carcelero?
- 2.º—¿Y al cielo?
- 3.º—¿Y á la Biblia?
- 4.º—¿En qué se parece la moneda á un río?
- 5.º—¿En qué se parecen los conventos á los arados?

CHARADA

Dice una todo creyente;
Dos y tres en la baraja,
Y el todo cura un dolor
Con enérgica eficacia.

AVISO IMPORTANTE

NUEVA TIRADA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL É ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

En vista de los numerosos pedidos de esta publicación que hemos recibido de la serie corriente (año 1886) desde que apareció el aviso inserto en el número anterior del *Salón de la Moda*, hemos resuelto reimprimir los números que se habían agotado, y en su consecuencia, podemos anunciar á nuestros corresponsales que serviremos las nuevas suscripciones que se nos avisen.

Reimpresos algunos números que faltaban de la serie 1 y 2 de la propia *Biblioteca Universal*, años 1882 á 1885, serviremos los pedidos que se nos hagan de series completas ó números sueltos para completar colecciones, siempre que se reciba la reclamación á tiempo de poder ser atendida.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN.

Ayuntamiento de Madrid